

Hoy matamos a Poesía

Hedoné



Capítulo 1

RECUERDO

Qué fue de los capiteles amargos
de sus amargas noches,
de sus coronas de miel
pintadas en las paredes.

Qué fue,
lloran los cantautores.

Qué fue de la brisa,
y de la prisa por acudir
al hotel Victoria,
donde el llanto laureaba, pausado,
los reflejos de la leyenda.

Ya no los canta nadie,
ya nadie sabe dónde están.

Están muertos.

Y estar muerto es lo peor
de estar enamorado.

Capítulo 2

Mi desesperación es sumisa
de la desesperación de todos,
se hace perecedera la dicha
y superflua su antítesis, y,
con ellas,
la maldad que de mi ser
ha de alimentarse
hasta que las palabras se extingan,
se infestará de nada.

Y dará comienzo el homicidio
más grande,
y más brutal,
jamás cometido.

Los llorarán con adulatoras
lágrimas,
pero al cruzar la vereda
de la pasión,
obtendrán,
por respuesta,
una puerta cerrada.

Grabado en ella, su recuerdo:
-Aquí habitó el amor,
y,
a su vera,
la poesía.

Capítulo 3

AMOR

Qué deja el vacío,
sino otra cosa que las sutilezas de
la creación,
la coda franca y engalantonada
de la sinfonía
que se sabe moribunda,
mínima,
por el miedo de perpetrar
la mansedad de las aguas
que habrán de acogerlo,
hasta el sintiempo del fin,
bajo la piedra en la que un
plural
y
soberbio
pronombre
adorne, taciturno,
la palabra
amor.

Capítulo 4

Deseo

Cuántas veces se habrá ansiado
el fuego, o el desvelo
implícito en el devenir,
o la definición
de las incongruencias
del poeta.
Es bien sabido que cada pluma
es un mundo y que cada vez
mengua a mayores pasos
su magnitud.
¿No seremos muy jóvenes?
Quizás, dicen muchos.
Puesto que la vida es el inicio de la
degradación,
y la escalera a lo que nuestras
manos destruyen
resulta angosta,
es coherente jurarla segura.
Fuere el olvido producto de nuestros rezos,
y el miedo a su presencia,
de nuestra banalidad, un terror absurdo
de ser algo,
ante el riesgo de que un abril nos vuelva
polvo.

¿De qué escribir?
¿A quién dirigir
mi célebre
ruina?
No adjunta validez la paciencia,
ni la otorga el silencio.
Objetiva se ha vuelto entonces
su máxima:
-Soñad.
Morir es el fin.
Soñar nos dará la vida.

Capítulo 5

Vida

Ella,
luciérnaga en penumbra,
luminosa como la falta,
brillante,
caprichosa;
henchida de preguntas que hacerse,
vacía por dentro
y por fuera.
¿No es, acaso,
el pasatiempo del artista?
¿No es ella la que inspira
la pluma que ha
de escribir estos versos?
Todo lo que tiene es su nombre:
soga al cuello de todos
los que se hacen llamar vivos.
Mi lamento ha de alimentarla
de aquí
a la eternidad,
no es clave su peso
ni importante su magnitud,
pues,
para qué mentir,
es ella la musa que inspira al poeta,
es ella
todo
lo
que
tengo.

Capítulo 6

Se vayan

Ilumina el sol la que ha de ser
su caída;
se pierden las hojas
y las personas
y los poemas
y los besos
en los últimos resquicios
de color, y tartamudea, reunida
en un simposio acompasado
de pardas esquelas
y hondos ataúdes.
Lo que en su día fueran:
espejos de color y vida,
serena caminata del viento,
muchedumbre silenciosa y alborotada
en todo su esplendor,
se torna ahora en una espesa
vejez,
redundante
e infinita.
Regalo sea para bohemios enamorados
hartos de rosas
y comidas en los parques.

Regalo sea el tren que
llega, con cada verso de más,
al primer andén de la tercera estación,
que guía como humo ardiente
los cambios de aire.
Que suban pues,
con sus bohemios amores,
los bohemios enamorados.
Que suba mi cuerpo
si es que ha de subir.
Que viajen solos.
Mis ojos esperan quietos
la
próxima
primavera.

Capítulo 7

Sobre los poetas

Dicen que los poetas no sienten.
Que tan solo escriben palabras vanas,
como víctimas de los sepulcros que guardan
la mella del acorazado corazón de sus presidios.
Dicen que los poetas
de poetas tienen la boca,
que no saben besar
si no es para besar al viento.
Y que en las manos risueñas,
entre cabellos espesos,
no han de ver lumbre alguna.
Dicen que sus estilográficas albergan
la sangre negra de lo que no poseen,
las lenguas más ácratas
y más perras
que puede sostener,
como candelabro,
el esparto de sus huellas.
Dicen que sus pasos
encabalgan las pasiones rotas,
impasibles ante el cielo que acecha
en los resquicios
que deja su caminar.
Dicen que los poetas no sienten.
Que tan solo escriben palabras vanas.
Honesto sea quien lo diga.
Pene su sien en silencio
cuando asiente el hastío
en sus carnes,
al ser poeta.

Capítulo 8

De tan negra llueva la luz

Descalza se baña,
descalza.
Los brazos finos, las piernas largas,
el cabello cimbreando salvaje.
Su espalda de piel pura
se antepone a las mellas
en los rostros de la juventud,
incomprensible, desgastada,
mas tan de lino
que hace sollozar, en sus presidios,
a los poetas que,
dignos esperpentos de sí mismos,
viven.
Se baña descalza,
se hace esperar,
regando, con pétalos de rosa
sus manos cansadas.
Las manos mismas que, de tan bellas,
arrancarán de los pechos las almas
de todos aquellos que,
cegados,
se atreven a nacer
en algún tormento de sus días.

Capítulo 9

Historia

Fuimos escarcha, de no vislumbrar,
ni aún entre retales,
el vuelo de las avispas que encallaban
nuestras manos.
Fuimos sin querer ser, como vive
la omnímoda figura de las rapaces,
entrecortada por el rojo sangre
de la umbría tras los montes.
A gritos de quizás
quisimos dudas,
cubrimos de retamas el alféizar
que amenazaba con ceder,
y a su caída,
rasgamos nuestras sienes con las uñas,
oxidamos el oropel de nuestras mentes,
impugnamos los malos augurios
del Desentendido,
pues nadie esperó nunca
la estalactita de débiles raíces
que tarareaba, por encima
de nuestras cabezas,
un himno creído muerto.

Capítulo 10

Noches de euforia

Hoy caen.
Mañana, repondrán las colmenas,
y el asfalto será demasiado
casto para ellos.
Para enriquecer las lontananzas
de sus devenires
rasgarán sus vientres con la basta
lujuria de sus torsos,
y en sus manos no quedará nada.
Lloverá hiel,
podrida de tanta repudia,
de tanta voz en grito,
producto del desdén de sus gargantas
embriagadas.
Los sueños dejarán de doler más
de lo que sueñan,
con tal de parecer un poco menos
ínfimos,
y a su camino,
de agrias muñecas,
no le bastarán solo
los pasos que su destino
quiera dar.
Hoy sientan su mediocridad
entre los dedos del presente.
Será el presente
el que desangre
con sus uñas
lo que son.

Capítulo 11

Viaje en barco

Las vibraciones suenan, defectuosas,
como movidas por trazos
de majestuosas vejaciones.
La lluvia, sobre la cubierta
de los que se creyeron
navegantes de sus almas,
solloza entre el sonar de
los manteles, mientras
el viento, más húmedo que soñoliento,
eclosiona en una intempestuosa
soledad,
amarga; como los corazones
más hacinados de sus penumbras.
Tras las transparencias de los vestidos
geométricos
de las persianas,
aletean las copas henchidas de nada,
preparadas, por siempre,
para cubrir los panfletarios defectos
de la servidumbre,
las maravillas del mundo,
la materia de colores fríos
que será cuneta de todo.

El yugo de las vidas
antepone su presencia
a las presencias,
y afirma,
no sin jurar,
que en toda nuestra eclesiástica
elegancia,
somos,
y como tal,
seremos,
nada más que monstruos.

Capítulo 12

Los campos

El progreso aparcado a las puertas
del infierno.

Contabilidad, alimentos muertos,
aislados, como cabezas de ganado,
en lo más triste
de las ojeras.

Hierro y madera.
Monótona putrefacción y,
entre tanta vida,
brazos caídos.

Se han vuelto rojos los almendros,
y con la quemada sangre,
fue el amor calcificado
de los corazones.

La indómita visión
del que fuera águila,
aferraba, agónica, todos
y cada uno
de los suspiros de las buenas personas.

Quién fue ceniza.

Quién debió serlo.

La tierra les impedirá olvidar
lo que nosotros
no recordamos,
mientras los cauces hacen aflorar
la incompetencia.

La llama sigue viva,
pero está muriendo, y con cada golpe
de aire, muere el futuro.

Los vencedores vuelan libres
sobre las cadenas que alimentaron
su victoria.

Fueron más de trece rosas,
fueron más de una Hortensia,
más de una Matilde,
más de un Ventura.

El cielo se volvió negro,
carbonizado por las lágrimas
de los que se quedaron solos.

Y bajo sus huellas
fossiliza,
triste,
entre la nieve de los montes,
un deseo:

“Prefiero morir libre”.

“Prefiero
morir
libre”.

Capítulo 13

Hoy ha muerto una rosa

Hoy ha muerto una rosa.
Sus pétalos se han degradado
casi por completo
entre las garras de sus designios.
Los insectos que nadaron
sobre su sangre,
aparentándose superfluos,
se han hecho un festín del luto ajeno.
A fuego han quedado grabadas
las ataduras,
y con el humo,
se han tornado ceniza.
Un cruel metamorfismo será su réquiem,
una callada eternidad
sus heridas abiertas.
El ostracismo de su memoria
debe punzar cada vena
de nuestra hipocresía
hasta hacerla resignarse.
Pronto volverá a explotar
el volcán,
y por sus laderas brotará la justicia.

Pero ella,
como la lava,
es efímera.
La rosa...
La rosa ya está muerta.